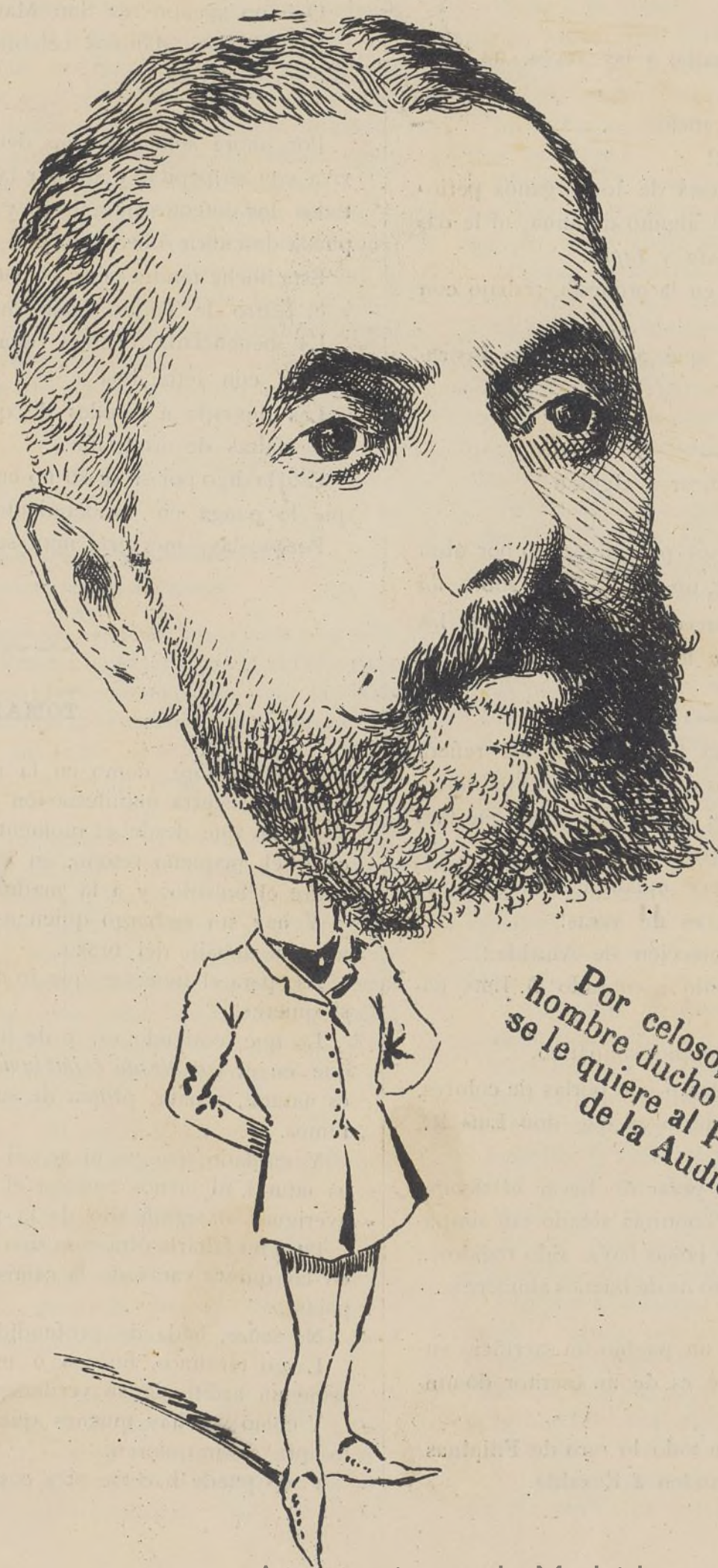


MANILA ALEGRE

DIRECTOR: P. GROIZÁRD

D. ANTONIO IZQUIERDO



Por celoso, inteligente,
hombre ducho y de experiencia
se le quiere al Presidente
de la Audiencia.

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO.

GRABADOS: El Regente de la Audiencia: D. A. Izquierdo, por Arístegui;—LA FUNCIÓN DE MI PUEBLO (QUIAPO);—Anuncios de Moda, por Villar.
 TEXTO: MANILILLA, por P. Groizárd;—TOMAR, por Cachupín;—MEMORIAS DE UN JAMELGO, por Tinsín;—A. X., por Escó;—MEDIA DOCENITA DE REFRANES;—CUADRITOS FILIPINOS, por Nemo;—POT-POURRI;—ANUNCIOS.

MANILILLA

Yo soy como Castelli.
 Castelli es un señor muy simpático y un actor consumado.
 Para ser un gran tenor no necesita más que una cosa: voz.
 Lo mismo me sucede a mí.
 Soy un hombre inofensivo, aunque soltero, y tengo excelentes ideas, por más de que me esté mal el decirlo.
 Y para ser un buen periodista no necesito más que una cosa: que me dejen cantar.
 ¡Oh!.... No sabe Castelli lo que es tener un Censor en la garganta!

La nota más bonita se le antoja, a las veces, un gallo y entónces....

¡Me río yo de la lata de Branca!

¡Para latas, las del Censor!!

Él lleva la batuta en la orquesta de los órganos periodísticos, y cuando sospecha que alguno desafina, ni le discute ni le corrige: le *lapizrojicida* y *tápus*.

Por eso yo, que toco un pito en la orquesta, trabajo con mucho cuidado.

Y no viviré tranquilo hasta que aprenda otro instrumento cualquiera.

El violón, por ejemplo.

Por eso no me atrevo a calificar a alguien.

¡Ni siquiera oso a Trivel!

Porque aquí, que viven algunos periódicos, no por obra del Censor, sino milagrosamente, no quiero traer sobre mi querido MANILA, ni sobre mis más queridos *manilillas* los terribles garrapatos que ilustran las pruebas *qui ritornan* de *Santis-censore*.

Y por eso digo que todo está bien, aunque me refiera a los nuevos concejales, ó a los antiguos faroles públicos.

A propósito de los primeros, he de consignar que han hecho una cosa que merece aplaudirse.

¡Palabra de honor, que merece aplaudirse!

¡Les aseguro a ustedes que es de veras!

Como que me refiero a la elección de Alcalde!...

Ya sabrán ustedes que ha sido nombrado D. Luís Ricardo, mi querido amigo.

Don Luís es en Manila el eterno simpático.

No hay persona a medio civilizar, ó con borlas de colores, que no le quiera mucho, y lo cierto es que don Luís R., se lo merece.

¿Cómo será Elizalde, que, a pesar de llevar el tiempo que yace en el Ayuntamiento, continúa siendo tan simpático, como cualquier vecino que jamás haya sido regidor?..

Esto no quiere decir que el otro no dé buenos almuerzos.

Si no fuera por no exigir a un pueblo un sacrificio superior a sus fuerzas—ésta frase es de un escritor dominicano—propondría una cosa.

¿No se manda a la Exposición todo lo raro de Filipinas?

¿Sí?... Pues entónces que manden a Elizalde.

¿Hay cosa más rara que lo que con don Luís sucede?...

Es Alcalde, no están bien arregladas las calles... ¡y se le quiere mucho!..

Nada: debe de sacrificarse don Luís R. y acceder a este deseo mío.

Que allá, en Madrid, lo pasará, con seguridad, mejor que nosotros.

Que tendremos que vivir en Manila, con el censor de imprenta...

¡Y sin él!

Con eso y con que Bergamaschi se canse de nosotros, quedaremos lucidos.

No tendremos donde pasar un rato distraídos, ni donde echar una cana al aire.

Si Cubero sigue con sus carromatas, Rátia, la Fernandez y Carvajal tirarán cada uno por su lado.

Y nosotros nos acordaremos suspirando de la Massimini, y de Bergamaschi sin suspirar.

Y nos hemos de aburrir de lo lindo.

Que no siempre es San Manuel.

Ni todos los Manolos celebran sus días como el Sr. de Maroto y Rivera.

Por ahora sólo debemos decir: ¡viva la gallina aunque viva con su pepita! y aceptar la compañía *más que* sea con todos los defectos que tiene y con los que D. O. Camps pueda descubrir ó inventar.

Esta noche tendrá lugar el beneficio de la Sra. Massimini y el teatro de Tondo estará hasta brillante.

La beneficiada cantará una preciosa composición de Branca con letra mía.

Les repondo a ustedes de que es buena y de que no tiene faltas de ortografía.

Esto lo digo por si acaso no encuentro un amigo del oficio que lo ponga en conocimiento del público.

Porque ¡ay! me sería muy sensible.

PEDRO GROIZÁRD.

TOMAR...!

En el hombre, como en la mujer, la predisposición a tomar encuentra manifestación desde antes de nacer.

¿Cómo que desde el momento que se inicia la concepción, el pequeño retoño, en estado embrionario, toma al padre el bolsillo, y a la madre el ser!...

Y hay, sin embargo quien asegura que cada hijo trae un pan debajo del brazo.

Eso para el inocente que lo crea, que lo que es yo ¡qué si quieres!

Lo que entiendo es, y de mis trece nadie me arranca, que en el *ser bípedo é implume*, la inclinación a tomar es natural, innata, propia de su organismo, como si dijéramos.

Y cuidado que yo ni sé, ni me importa saberlo, qué es natural, ni menos conocer el organismo, ni aún siquiera averiguar el significado de la palabreja innato.

Pues no faltaría otra cosa sino que yo tratase de meterme en las quince varas de la camisa, por un quitame allá esas pajas!...

No señor; nada de profundidades.

Largo términos, buenos ó malos, como sean, sin darme un ardite de su verdadera acepción.

Y como yo, hay muchos que dicen por decir, sin saber lo que decir quieren.

Y no puede hacerse otra cosa.

¡Medrados estaríamos, de otro modo, los que vivimos del público, si sólo escribiéramos de lo que sabemos ó nos fuera posible entender.

¡Qué bobería!

La habilidad consiste en eso precisamente: en hablar de todo, sin saber de nada.

Mas no divaguemos.

Nacemos, y apenas abrimos los ojos á la luz, tomamos el biberón carnosó de la madre, ó la bota con espita que nos larga entre belfo y belfo la robusta nodriza.

Crecemos y bién pronto tomamos el pelo al maestro, verdadera estampa del hambre, ó á los chicuelos que concurren á la escuela, de la que no tarde tomamos las de Villadiego por seguir á una mozuela que toma varas y no de fresno, aunque nos espongamos á tomar una de cardenales sobre nuestro cuerpo, si el padre de ella toma las cosas por donde queman, y nos obliga á tomar las duras, ya que íbamos por las maduras, por aquello de que más vale un toma que dos te daré.

Tomamos después desarrollo, y ganosos de tomar tierra, pensamos en tomar estado. Mas por error tomamos una mugercita algún tanto *alcalivolatizada*, con acompañamiento de suegra *nitroglicerinizada* y de cuñadas *dinamiteras*, que nos toman por juguete, si es que no nos toman por blanco de sus iras; y he aquí cómo, sin quererlo, tomamos la senda del calvario, donde somos crucificados, tomando la copa de las delicias conyugo—suegro—cuñadiles, como última toma ó tomo de la institución matrimonial.

Tomamos tiempo y llegamos por él á tomar lo que se ha dado en llamar ancianidad; y fatigados de tanto toma y daga, tomamos el camino de la inmensidad;—como yo, querido lector, por no tomarte la paciencia, tomo la decisión de hacer punto final, si bién propinándote, como última toma de éste *gnlay*, un consejo:

Que no tomes nada de nadie, por lo que te puedan tomar.

Esto es todo.

CACHUPÍN.

MEMORIAS DE UN JAMELGO

(CUENTO CON RIBETES DE VERDAD)

Absorto en mil reflexiones, risueñas unas, tristes las más, y con el pensamiento errante, caminaba por el agreste campo de Bagumbayan una alegre mañana en que la brisa del mar llenaba el ambiente y refrescaba mi ardorosa imaginación, cuando hirió mis oídos, el eco de lastimero relincho que, como último esfuerzo, parecía lanzar al aire un caballo.

De tal manera me impresionó y tan lúgubres recuerdos despertó en lo más recóndito de mi alma, que dirigí mis pasos, como arrastrado por fuerza extraña, hacia donde aquel estridente relincho había sonado.

¡Y cual no sería mi sorpresa, al encontrarme un escualido jamelgo que, nuevo Rocinante, comía la silvestre yerba que pisaba y que, sin poder apenas dar un paso, abría la boca, enseñándome unos largos y afilados dientes como si acechara mi llegada para hacerme víctima del hambre que debía padecer.

Una vez aproximado, mi espanto no tuvo límites, al ver que abría la boca desmesuradamente y que por ella asomaba un legajo de papeles.

—Hé ahí mi historia; léela;—me dijo.

—Leámosla—repuse. Y tal cual era la transcribo:

«Natural de Camarines, nací el año 77, bajo malos auspicios, pues todas aquellas personas que me vieron, al poco rato de salir al mundo, auguraron que nunca serviría para nada.

A los siete meses de aquel augurio, es decir: cuando era *siete mesino*, se le ocurrió á mi amo, el Capitán Tinoy, cabeza de Barangay á la sazón, montarme un día que salió á recibir al Alcalde, y con gran contento vió que, por mi mucha velocidad, me podría dedicar á caballo de carrera.

Desde aquel día, ¡qué manera de soñar la del cabeza, pensando en los premios de que le iba á hacer dueño y en las fuertes sumas que, resultado de grandes apuestas, iban á entrar en sus arcas!...

Se creía un Rostchild.

Mi transporte á Manila, fue bueno cuanto breve, pues el buen viejo no se separaba solícito de mí, haciéndome objeto de sus mayores cuidados.—Muchas veces alucinado, me hablaba haciéndose la ilusión de que sus preguntas hallaban respuesta.

Aquí me quitaron el pelo de la dehesa, me tuvieron como oro en paño, y después de haberme bautizado con el nombre de Rabón, empezaron á ensayarme en el hipódromo.

Al decir de los inteligentes, yo era un caballo que prometía ganar en buena lid todos los premios, lo que hizo dar no pocos brincos de gusto á mi buen capitán Tinoy.

Llegó por fin tan ansiado día y después de haberme cepillado con delicadeza suma, salí á la pista en medio de una ovación que me tributaron los aficionados, tanto por mi buena estampa, cuanto por lo que de mí se había hablado.

¡Salir á la pista!... ¡Jamás lo hiciera!... No había dado media vuelta aún, cuando todos mis competidores me alcanzaron y se perdieron de vista.

¡Había hecho justicia á mi nombre!

Mi *jockey* se deshizo en imprecaciones y me atizaba sendos latigazos.

Llegué á la meta y ¡qué ahullidos, qué manera de silbar los que hacía un momento me habían aplaudido! Creque se venía abajo la tribuna.

¡Tristes diferencias de la vida!...

Cuando llegué á éste párrafo no pude menos de decir:

—¡Qué bién raciocinal!... Hé aquí un caballo con puntas de escritor público. Y continué mi lectura:

«Mi capitán Tinoy, atribuyó aquel fiasco á algún percance ocurrido en el trayecto y no le importó un ardite lo que perdió, fundando todas sus esperanzas en el día siguiente.

Pero sucedió lo que yo esperaba: que perdí lo mismo que el primer día. El tercero, por no descomponer el cuadro, pasó lo que los anteriores.

El viejo estaba lleno de indignación ante aquel camelo, y echando espumarajos se fué á la redacción de un periódico para que me anunciaran en venta.

¡Y me anunciaron los atrevidos!

A los siete días justos y cabales de aquel desastre, un pollo almibarado con conatos de goma, me compró y pensó lucirme en la Luneta ú otro paseo público de tantos como tiene esta perla de Oriente.

Hasta soñó presentarse á Berghamaschi para que lo contratara y salir de partiquino á caballo á cantar: *il consilio signiori*; pero no había contado con que yo, al sentir tanto espolazo como me daba para que hiciera piernas, la había de romper las suyas; y así fué: lo estrellé contra una cuneta.

Yo proseguí mi camino y *cátate ahí* que apenas había andado dos pasos, me detiene una pareja de la veterana.

Pasó un mes y como nadie fué á reclamarme, quedé agregado á la montada.

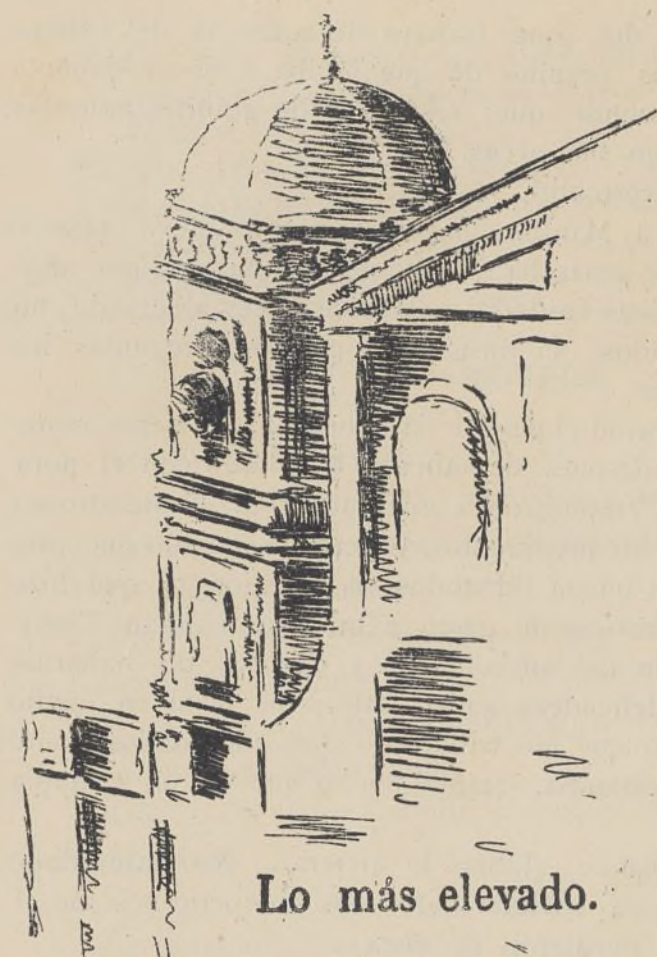
Vióme entónces un señor que gastaba sombrero de copa y bis-a-bis, y tanto le gusté que, consultándolo con su cara mitad y sus tres hijas, decidió comprarme.

Héme ya convertido en caballo de bis-a-bis.—Por cierto que note que, siendo carenado, decían á todo el mundo que era nuevo.

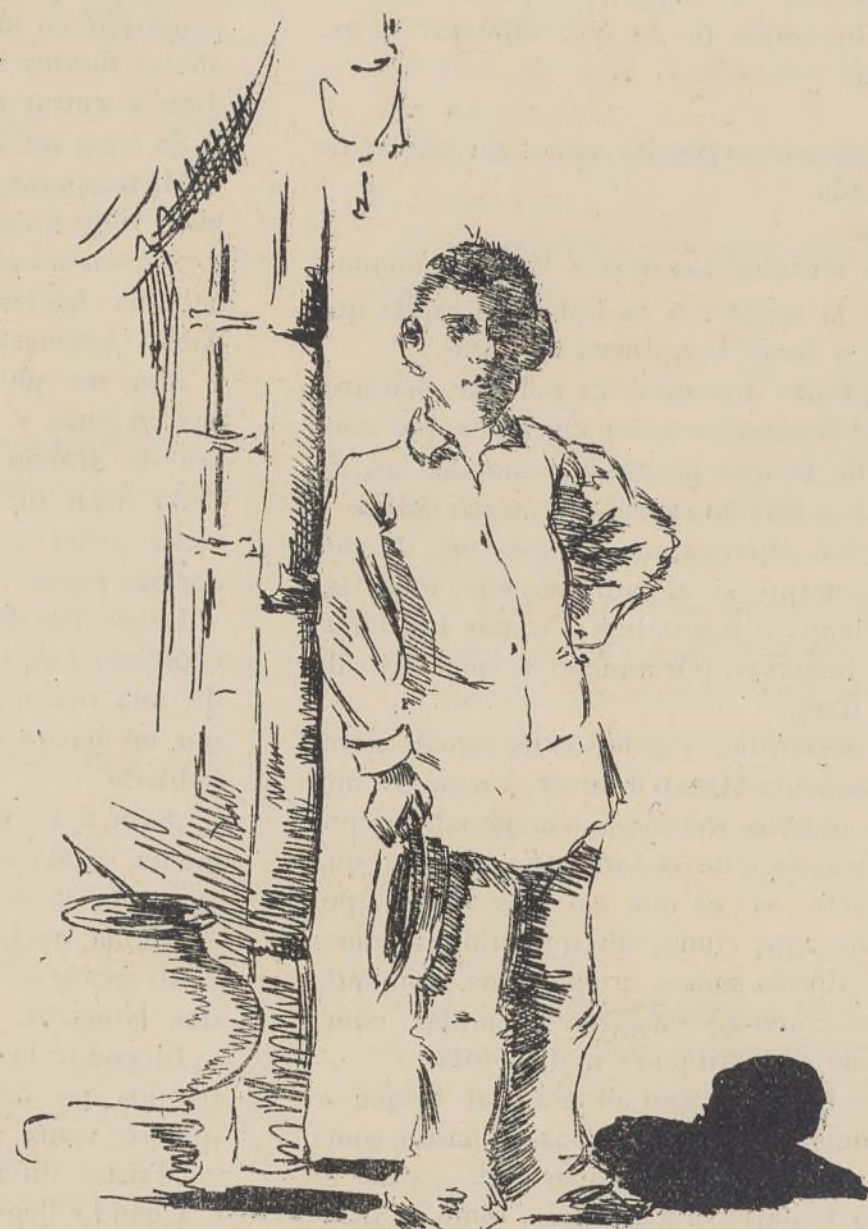
Aún me estremezco al pensar en las manos de la niña mayor, cuando me las pasaba por el lomo. Al sentir su contacto no sabía lo que me daba.—Pero aquello se me concluyó bién pronto, pues el papá notó ciertas demostraciones de cariño tan significativas que la pusieron enferma y determinó venderme.

Ya había pasado de gordo á un término medio y cuando me vendieron estaba en estado de canuto.

LA FUNCION DE MI.PUEBLO (Quiapo)



Lo más elevado.

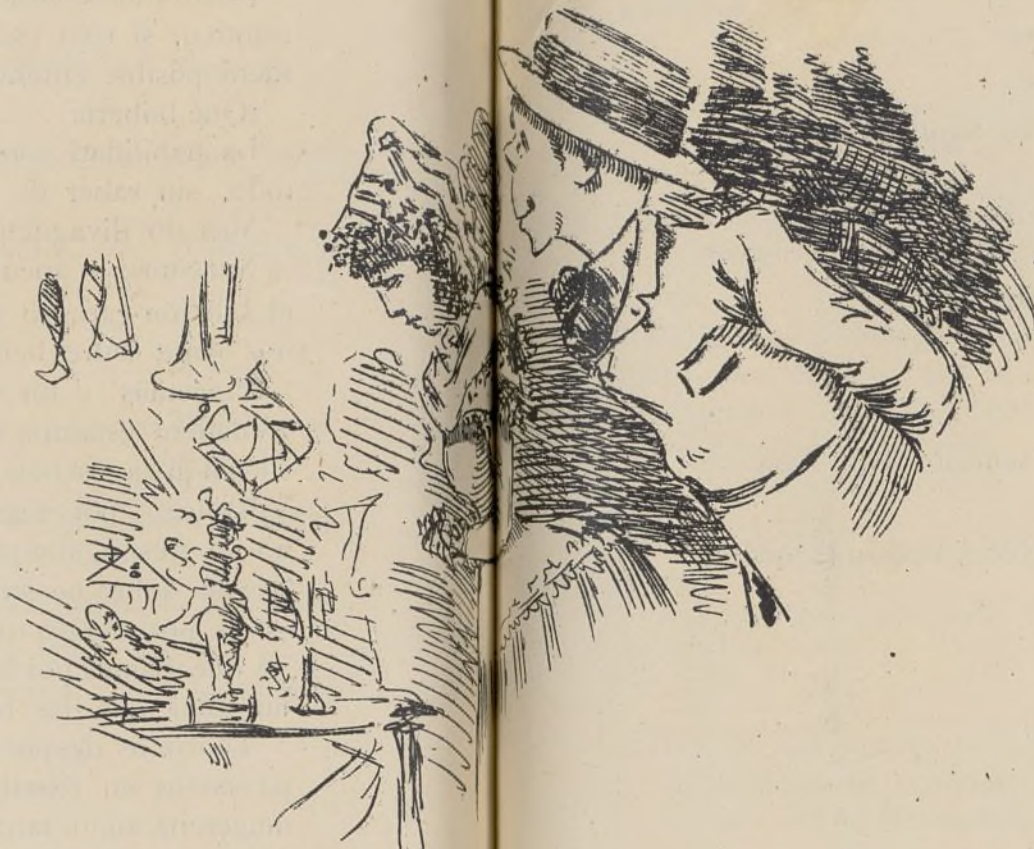


Este llega á la feria el primero se llama Segundo y está dispuesto á ser tercero y hasta quinto.

Algunos van á buscar diversiones y se truen esto.



¡Qué conquistadores!—¡Qué conquistadoras, estos dos señores, y esas tres señoras!...



—¡Si quiere una muñeca!...
—No, muñeco



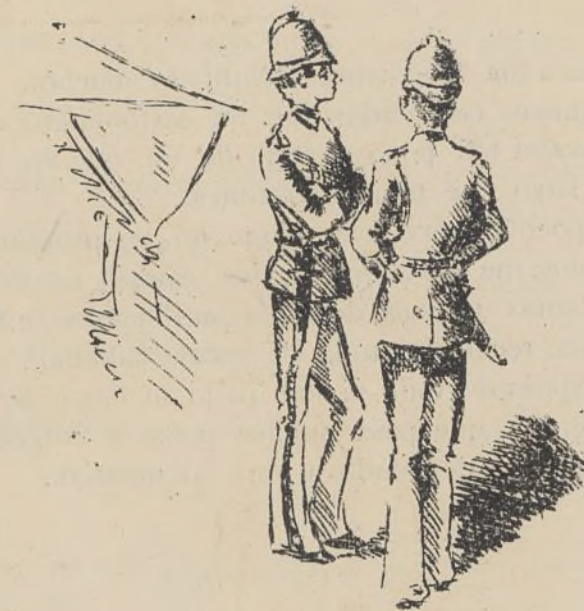
¡No inventarán la pólvora...



Boulevard panstiers.



Una pondera complaciente.



Una pareja que no quiero en ningún baile.



Este por menos. Este por un cuarto enseña las vistas.



¡El divino arte!



Restaurant.

El bis-a-bis me había debilitado mucho!..
Mi nuevo comprador fué un carromatero de Malabón;
pero sacaba tan poco partido de mí, que me regaló a un
primo suyo que tenía carretones.

Tampoco le servía, y como no le proporcionaba más
que gastos, me abandonó en este campo, donde he contem-
plado tantas puestas de sol, como huesos se me ven.

¡Había recorrido toda la escala caballar!

Y después de todo si me quejo lo hago de vicio, pues
nadie ignora que pasa muchas penas y fatigas todo aquel
ser que nace destinado a que lo monten.»

TINSÍN.

A. X....

Dirá usted que no me importa
ni un ardite
bellísima Encarnación,
que lleve la saya corta,
ni que se ponga ó se quite
su estupendo polisón.

Eso es claro, y yo, por eso,
ni enflaquezco ni me muero,
ya lo sé:
pero es que yo me intereso
por su bien, es que yo quiero
que no se burlen de usted.

Llevaba usted el otro día
por sombrero
un chisme fenomenal,
y la gente se reía,
y estaba usted, no exagero,
mal, muy mal, pero muy mal!...

Si dar golpe se propuso
anduvo usted muy certera
con su sombrero y su lazo;
porque usted se las compuso
de manera
que aquello fué un batacazo!...

¡Lo mismo que ese meneo
que usa usted y otras hermosas
al andar!..
¿Usted piensa que yo creo
que esas cosas
no se deben de ocultar?...

Usted hará lo que quiera
que yo jamás me incomodo...
más bueno es que sepa usted
que si hablo de esta manera
lo hago todo
todo, por el bien de usted.

ESE

MEDIA DOCENITA DE REFRANES

Dime con quien Elizalde, y te diré Santamarina.

Los Regidores de ésta Capital, cantando se vienen y
riñendo se van.

Al que se hace de miel, los suscritores de provincias
no le pagan.

Al buen entendedor, con mandar sellos, ó una libranza,
le basta.

Quien dá el gasto de noche al cocinero
se quedá sin comer y sin dinero.

Al que no está hecho a Censores, Santisteban le hace
llagas.

CUADRITOS FILIPINOS

I

A las dos de la tarde llega el señorito a su casa.

—¡Bataaaa!..

—¡Po!.. (La mayor parte de las veces responde ¡qué! a
secas)

—¡Bataaaa!

—¡Po!

(Pasan dos minutos)

—¡Bataaaaa!

—¡Pó!

El señorito se convence de que el *bata* se limita a con-
testar y de que no vendrá si no se lo dice expresamente.

—¡Ven, bata!

El *bata* llega.

—¿No han traído ningún recado?

—Sí, señor.

—¿Qué recado tienes?

—Ah!.. No hay, señor.

—Bueno ... Escucha: a las cinco y media tengo que hacer
una visita de mucho interés ¿Ang? .. No dejes de desper-
tarme a las cinco ¿ang?

—Bueno, señor.

El señorito se echa en la cama y el *bata* se dirige a
la cocina.

Allí encuentra otro *gandul*, como él, y le dice en tagalog:

—El señorito tiene que hacer una visita de mucho inte-
rés a las cinco y media; despiértame a las cuatro y media
para que yo despierte al señorito a las cinco.

Y se echa a dormir tranquilamente.

A las seis se levanta el amo.

Mira el reloj, pronuncia algunas expresivas interjeccio-
nes, agarra un bastón y marcha a la cocina, donde se
encuentra a los *batas* durmiendo como si tal cosa.

Epílogo:

—¡Ay, nació!

—¡Aroy!

—¡Pillos, granujas!

Todo con acompañamiento de estacazos y carreras.

(A pesar de esto la escena se repetirá al día siguiente.)

NEMO

POT-POURRI

Nuestros lectores nos dispensarán que, en éste número,
prescindamos de la sección *Notas teatrales*.

Por no querer decir algo malo de *Lucía*, no decimos algo
bueno de *La fuerza*.

Y en paz.

Se piensa en dotar de una feria anual a Cebú.

El expediente está tramitándose y esto quiere decir que, para
cuando se resuelva, habrá feria.

Lo que no es tan probable es que para entonces haya
dinero.

ANUNCIOS DE MODA



Marchar de Manila sin que le retrate Pertierra, es de tan mal gusto, por lo ménos, como volver á España sin probar los plátanos. Nadie lo hace.



Como los compra todo el mundo, en todas partes se venden cigarrillos de LA INSULAR. Absolutamente en todas partes.



Para estar grueso y sano no hay mejor cosa que comer en el Restaurant de la Dulcería de París. Y además de comer bien, se cobra y con razón fama de elegante y de persona de gusto.



Gaspar tiene que regalar muchos juguetes á los niños buenos. En vez de traerlos de su pueblo los compra en La Puerta del Sol. Porque son mejores y más baratos.



Melchor después de andar por los balcones poniendo dulces á los bebés, está poniéndose hasta allí de cerveza de la marca dos leones con escudo y corona. Desde su reino pedirá una buena partida.



Cuando vió Baltasar las alhajas de Ullmann tiró las que traía y compró una corona nueva. ¡Poco pinto se dará en su país con las brillantes de Ullmann!



Este caballero viene de muy lejos, traído por la fama de El Arnés almacén de Manila. El hombre hizo una plancha pues se encontró que allí solo venden monturas y guarniciones. Por cierto que son muy buenas.



No hay persona de buen gusto que vaya á la feria de Quiapo que no tome sorbetes de La Confitería Española. Parece mentira que por un real déje una cosa tan buena.



¿A quién se le ocurre ponderar ningún anisado del mundo, hablando del ojen de Barceló y Torres?



Ni en Europa ni en ningún país del mundo puede ser elegante quien no fume tabacos de La Exportadora. ¿Creeis que este caballero es persona importante porque use gabán y chistera? ¡Cál! Lo es porque fuma de los riquísimos tabacos.



—¡No me hable usted de esa cursí!
—¿Cursí?
—Ya lo creo... Figúrese usted: ¡no compra los vestidos en Los CATALANES.



El mejor regalo, es, indudablemente, un abanico. Pero el mejor abanico es, ¿qué duda cabe? el que compre en LA VILLA DE PARIS.